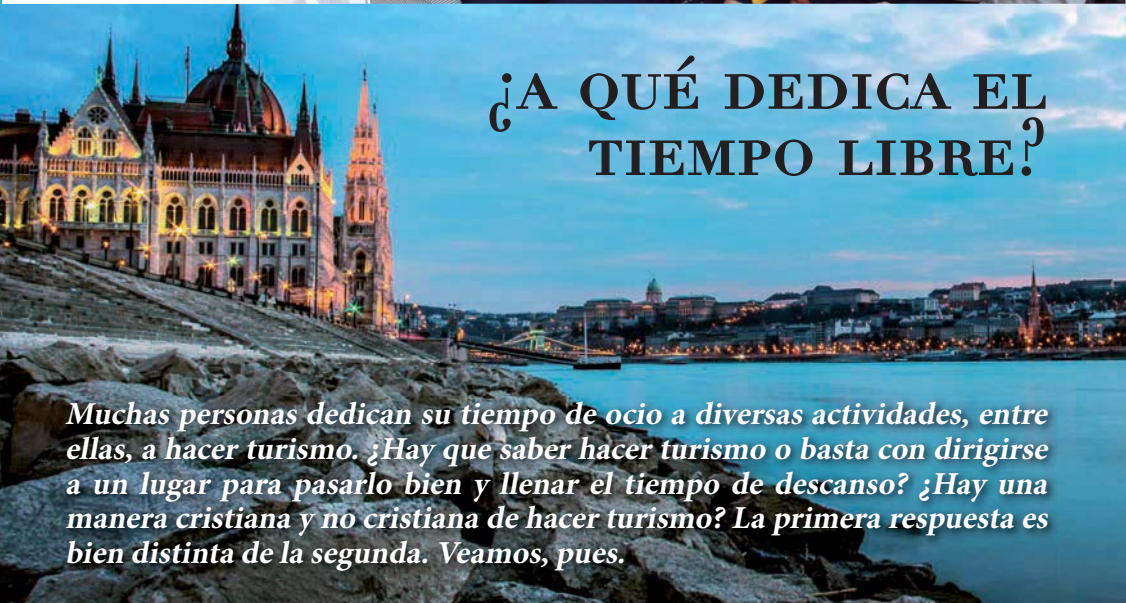




¿A QUÉ DEDICA EL TIEMPO LIBRE?



Muchas personas dedican su tiempo de ocio a diversas actividades, entre ellas, a hacer turismo. ¿Hay que saber hacer turismo o basta con dirigirse a un lugar para pasarlo bien y llenar el tiempo de descanso? ¿Hay una manera cristiana y no cristiana de hacer turismo? La primera respuesta es bien distinta de la segunda. Veamos, pues.

MANUAL DEL BUEN TURISTA

La célebre canción del más prolífico compositor español, Perales, preguntaba sobre una persona: ¿A qué dedica el tiempo libre? Se interesaba por la ocupación del ocio, y no es un tema de menor importancia.

En la sociedad en la que vivimos, con todos los adelantos técnicos de los que se dispone, la vida de las personas es cada vez más fácil y permite que el tiempo libre sea cada vez mayor. Hay casos, incluso, como el de los jubilados, en que emplear en algo valiosos ese tiempo, es ciertamente complicado.

Ya que el tiempo del que disponemos no es ilimitado, es lógico que se quiera emplear adecuadamente. De manera especial, el libre y el de vacaciones. Cada uno debe analizar cómo usarlo según sus aficiones, dinero, obligaciones sociales, familiares y profesionales.

Cuando el hombre fue creado por Dios, se le adjudicó un tiempo para trabajar y otro para el descanso. No se puede estar constantemente trabajando, porque se necesita reponer fuerzas, desconectar, dedicarlo a estar más cerca de Dios, pasar un tiempo con las personas queridas, despejar la

mente, y, en definitiva, no todo en la vida es trabajo.

El tiempo de ocio se puede emplear en actividades muy diferentes en función de las circunstancias que cada persona tiene: edad, profesión, intereses, economía, familia... Y para que ese ocio sea bueno y positivo para la persona, debe valorarlas todas y vivir ese ocio conjugando todas ellas con prudencia y sabiduría.

El turismo como actividad de ocio

Una gran parte de la economía de muchos países se basa en el sector turístico, pues son visitados por millones de personas y da trabajo a una considerable parte de la población activa.

Ya en tiempos antiguos, las personas acaudaladas podían permitirse el lujo de realizar viajes para visitar lugares alejados de su residencia habitual. Pero eran los menos, debido a las dificultades de los viajes, el alojamiento, los posibles percances en el camino y otros muchos inconvenientes.

Con el paso del tiempo, los ricos se acostumbraron a viajar a balnearios, a disfrutar de lugares con un clima más benigno, a recorrer países exóticos, a conocer famosas obras de arte... Pero ese turismo era claramente minoritario. A partir de 1950-1960, muchas personas del mundo occidental empezaron a poder permitirse cierto tipo de turismo, como el llamado de sol y playa, y, posteriormente, millones de personas de todos los lugares se des-

Vivir el ocio con prudencia y sabiduría



plazan de unas partes del mundo a otras para hacer visitas turísticas de toda índole.

Hay gente que viaja a lugares conocidos y no ha estado en la ciudad más próxima a la suya, o a un pueblecito cercano llenos de encantos. Se dejan llevar por la publicidad o piensan que hay que desplazarse lejos para disfrutar más del tiempo de ocio. ¿Serían estas personas el prototipo del buen turista? ¿Qué sería ser un buen turista?

Las virtudes del buen turista

El buen turista no necesita grandes inversiones monetarias, tampoco tiene por qué emplear mucho tiempo en sus viajes, ni siquiera debe tener una amplia cultura. Para ser un buen turista hay que contar, sobre todo, con la actitud: ¿Con qué actitud hace ese viaje? ¿Por qué y para qué va? ¿Cómo se comporta al realizarlo?

El buen turista planifica la salida, se informa de los pormenores del viaje, arregla la documentación si le es necesaria y tiene todo preparado para no disgustar, por su improvisación, a las personas que lo acompañan o lo atienden.

El buen turista respeta el lugar que visita y valora lo que es distinto a lo suyo: hay muchas formas de hacer las cosas y muchas de ellas son tan válidas como las nuestras. **En la segunda parte del Quijote, se dice que “el que lee mucho y anda**

mucho, ve mucho y sabe mucho” Se sabe, y se aprende -también- conociendo costumbres ajenas. El buen viajero se plantea cosas, y pregunta, se interesa, se abre a los demás y su mente se hace más abierta y comprensiva.

Los buenos turistas viajan con una actitud positiva, agradeciendo a Dios haber podido ir hasta aquel lugar, pensando que han tenido medios, o salud, o tiempo suficientes para disfrutar de aquella salida, incluso aunque sea breve: muchas personas hubiesen querido hacerlo y tal vez no tengan la misma suerte que ellos. Además, los turistas que se quejan, a menudo enfadan a sus compañeros de ocio, lo cual es un egoísmo y una

Muchas personas viajan en compañía de otras y es una actitud elogiabile que piensen primero en los intereses de los acompañantes antes que en los suyos propios, de esta manera, todo se hace más agradable y sencillo. Y a veces hay que ser un verdadero héroe o heroína para: no quejarse porque la cola para entrar en el museo no avanza; hablar educadamente a otro compañero de viaje que es algo pesado; dejar un buen sitio en el medio de transporte a cierta persona y elegir un lugar menos cómodo para nosotros; ayudar a arrastrar la maleta hasta la habitación y un largo etcétera que surge cuando uno abandona su hogar durante una salida.

El buen viajero se interesa

El buen viajero se comporta amable y caritativamente con



falta de educación y de caridad. Un motivo del viaje es el descansar, y si el viajero se detiene a pensar en las contrariedades que surgen cuando está fuera de su hogar, no podrá ver lo bueno y bonito del destino al que se ha dirigido.

las personas que están trabajando a su servicio. Por supuesto que debe exigir sus derechos, pero también debe tratar bien a los trabajadores que hacen agradable su estancia. Por eso, deja recogida y ventilada la habitación del hotel, no exige con dureza

a los camareros que están atendiendo, trata con amabilidad a los transportistas, a las personas que están en la recepción, al guía turístico, y a cuantos le facilitan su ocio y su descanso.

El turista católico

Si el turista es católico, lo normal es que se plantee si en ese viaje podrá practicar su fe como es debido. ¿Será posible ir a determinado espectáculo que se le ofrece en ese crucero? ¿Está de acuerdo con lo que Dios le pide? ¿Las playas que va a visitar le van a acercar a Dios o son un motivo muy posible de que peque contra la castidad? ¿Deberá tomar esas comidas caras y gastar tanto dinero en hoteles de lujo? ¿Podría sacrificarse algo, gastar menos y emplear ese dinero en alguna obra de caridad? ¿Ha previsto dónde irá a Misa el domingo?

La fe no es como una prenda que se quita y se pone en función de las circunstancias, sino que debe ser el motor por el que se mueve un verdadero creyente.

El turismo religioso

Millones de personas de todas las religiones han viajado a lugares sagrados para acercarse a Dios. Lo mismo sucede con los católicos, que a menudo dejan sus hogares para visitar templos, ciudades y santuarios de su devoción y, en ocasiones, cumplir una promesa, agradecer un don recibido de Dios, o a solicitar una gracia especial. Los tres grandes centros de peregrinación de los cristianos fueron, desde la Edad Media e incluso antes, Roma, Santiago de Compostela

El buen viajero se comporta amable

y los santos lugares en Jerusalén. Miles y miles de personas peregrinaron por toda Europa, con grandes dificultades y sacrificios, para rezar ante la tumba del Apóstol Santiago, la del primer papa, San Pedro, y los lugares donde vivió y murió Jesucristo.

Hay personas que hacen turismo religioso simplemente porque quieren conocer un lugar, pero su interés no está animado por la fe. Van a Lourdes, a Fátima o a Asís porque son sitios famosos. Muy a menudo, esto no les sirve para acercarse más a Dios: no profundizan en lo que ven o escuchan, podrían haber ido igualmente a un museo o haber visto un bonito paisaje.

Sin embargo, otras van -movidas por su fe- para amar más a Dios o a su Madre la Virgen María. Son capaces de hacer sacrificios económicos, personales y profesionales, con tal de hacer una visita a Aquel a quien intentan amar con todas sus fuerzas. Dios, que lo ve todo, se alegra de ello.

El buen turista religioso debe dejarse llevar por la gracia de Dios, visitar tranquilamente, si le es posible, el santuario al que va, participar en los actos de culto, y encontrar a Dios para, de alguna manera, ser un poco mejor.

No por mucho visitar iglesias, monasterios o templos uno se hace mejor cristiano, pero sí los buenos cristianos tienen ilusión por ver la casa de Dios en los lugares por los que pasan.

¿Será usted ahora un buen turista?



LA CIENTÍFICA QUE PRONTO SERÁ BEATIFICADA

Guadalupe nació en Madrid, España, el 12 de diciembre de 1916. Siendo todavía una niña tuvo que sufrir la muerte de su hermano mayor Francisco, y a los diez años se mudó con sus padres al norte de África. Ya desde adolescente su habilidad para el estudio era notable. Por tal razón en 1932 sus padres la trajeron de vuelta a Madrid donde acabó el bachillerato en el instituto Miguel de Cervantes. Al año siguiente se matriculó en la carrera de Ciencias Químicas en la Universidad Central.

Durante la Guerra Civil Española (1936-1939) su padre fue hecho prisionero y, finalmente, condenado a ser fusilado. Guadalupe, que tenía entonces 20 años, junto con su hermano Eduardo y su madre pudo despedirse de él horas antes de su muerte y darle serenidad en esos duros momentos. Perdonó de corazón a los que habían decidido condenar a su padre.

Tras la guerra civil y con un historial académico brillante, Guadalupe comenzó a dar clases en dos colegios: la Bienaventurada Virgen María y en el Liceo Francés. Es entonces cuando su vida cambiaría radicalmente después de asistir a Misa.

Durante una Misa en el año 1944 sucedió algo especial. Ella se sintió especialmente “tocada” por la gracia de Dios, como si Él quisiera algo más en su vida. Entonces, se dio cuenta que tenía que hablar de lo que sentía con algún sacerdote. Al comentarle lo sucedido a un amigo, este le presentó a un sacerdote: Josemaría Escrivá. Guadalupe recordaba ese encuentro como su descubrimiento de la llamada de Jesucristo a amarlo sobre todas las cosas a través del trabajo profesional y de la vida ordinaria: ese era el mensaje que Dios quería recordar a los hombres sirviéndose del Opus Dei. Después de considerar el asunto en la oración y de asistir a unos días de retiro espiritual, el 19 de marzo de 1944 decidió responder que sí al Señor. Guadalupe tenía 27 años. A partir de ese momento intensificó su trato con Dios. Cumplía con amor sus ocupaciones y buscaba pasar ratos de oración frente al Sagrario.

COMIENZO DEL OPUS DEI EN MÉXICO

Ya en 1951, Josemaría Escrivá estaba convencido de las virtudes de Guadalupe y le encomendó una gran misión: Llevar el Opus Dei a México. Tras superar las comprensibles dificultades de toda gran misión en

